

ALGO

La camioneta se aproxima con el ruido característico de los picheles tambaleantes transportados en la caja trasera que se sacuden al entrar a la calle con su suelo de cantera. Está a punto de oscurecer y el Don estaciona de manera estratégica su vehículo atrás de la barda de la casa, como en las semanas recientes, al atardecer, de lunes a viernes. Las tres hermanas pequeñas escuchan que el Don toca el claxon para anunciar su llegada. **Algo** les ha despertado un sentimiento de aversión. Se voltean a ver una a la otra con la cara desbordada de terror y desasosiego, brincan del sillón de la sala donde atentas veían un capítulo de *La Mujer Biónica*.

Las tres niñas se asoman por la ventana y ven que el Don sale de la cabina de la camioneta y se trepa ágilmente a la caja, presto para despachar los tres litros que surte en la olla destinada a hervir la leche. Corren despavoridas a la cocina para echar a la suerte el turno de salir por la leche.

—¡Vas tú! —dice Grande señalando a Mediana.

—¡No, vas tú! —Mediana apunta a Pequeña con el dedo índice.

—¡Pero te toca a ti, yo salí ayer luego de que me regalaste tu caja de colores *Jungla* que te dio Papi! —grita asustada Pequeña después de recibir un día antes, a manera de soborno, lo más valioso que poseía Mediana.

—Si sales, te doy mi casete que grabé de Roberto Carlos —indica ansiosa Grande a Mediana tratando de negociar la salida.

—¡Yo no salgo, no me gusta mucho Roberto Carlos! —responde Mediana atemorizada y levantando los hombros.

Mami escucha que el Don ha tocado el claxon nuevamente. Nadie ha salido por la leche. Mami deja de atender a Bebé, va a la cocina y encuentra a las tres niñas discutiendo.

—Cómo me gustaría ser alta y fuerte como *Jaime Sommers* para tomar la olla de la leche, darle un buen empujón al Don, y salir corrie.... —Grande no termina la frase.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no han salido? ¡Se va a ir el lechero y a ver qué cenamos hoy! —se detiene Mami con los brazos en jarra a la entrada de la cocina

observando los rostros angustiados de sus hijas. —¿Qué ocurre? —pregunta desconcertada intuyendo que **Algo** está en el ambiente y lo enrarece.

—Es que... —Mediana se queda muda, baja la mirada. Grande no chista nada, mira también el linóleo del piso de la cocina.

—Es que el Don nos agarra la mano cada vez que le pagamos y no nos la suelta —. Las palabras brotan de la boca de Pequeña como mariposas liberadas.

—Sí, cuando nos da el cambio nos aprieta la mano y nos jala hacia él —dice Mediana con los ojos rojos y un poco temblorosa.

—La última vez que salí me dio la olla y me jalaba muy fuerte hacia él para darme besos y llevarme a su camioneta —dice Grande con la voz quebrada y el semblante descompuesto.

A Mami se le frunce el ceño y su cara se torna roja de ira. Reacciona en segundos, se yergue, toma la olla y sale decidida esa tarde a defender la integridad de sus hijas, a enfrentar al acosador.

Nuevamente las tres niñas se asoman por la ventana en medio de una tensa calma. Observan cómo Mami le dice algo al Don con energía, con decisión. El Don se desconcierta, no suelta palabra alguna, agacha la cabeza y apresura la entrega para salir huyendo. Mami regresa en silencio, entra en la cocina con la olla de la leche y la pone a hervir. Esa noche el calor de la indignación hizo que la leche hirviera más rápido, que se derramara en la estufa.

En el crepúsculo del día siguiente se escucha el claxon de la camioneta. Las tres hermanas corren a la puerta principal para darse cuenta que ahora estaba estacionada de forma diferente, perfectamente visible desde la entrada de la casa. De su interior sale ahora un señor mayor, un nuevo Don. Mami sale por la leche e intercambia algunas palabras con el nuevo repartidor. Mami regresa con la olla surtida y con el rostro repleto de alivio. Aquella noche Mami sirvió a sus hijas la leche de la sabiduría, del amor, del respeto, de la dignidad, de la integridad y del conocimiento del cuidado de su cuerpo y les abrió los ojos para hacer visible ese **Algo** que en su intuición de niñas les hizo prender alarmas, ese **Algo** que, gracias a la intervención amorosa de Mami, ellas visibilizaron confiadas en sus señales de alerta y no tuvo mayores consecuencias en su persona.

Ese ALGO ya tiene nombre

Pi termina de peinarse. Echa una última mirada al espejo para aprobar su maquillaje a la luz de la lámpara. Se levanta de la silla del tocador para apreciar su playera ombliguera favorita y sus *jeans* deshilachados. Se advierte segura, curvilínea y hermosa.

—¡Ari, pásame por favor mi suéter de cuadros de colores que dejé en el respaldo del sillón de la sala, se me hace tarde para el concierto de *Dua Lipa*! — levanta la voz mientras se coloca las botas negras de tacón que la hacen lucir aún más alta.

—¡Espera, ya casi termino! —contesta Ari. Da los últimos toques a su tarea sentada en la silla del pequeño escritorio con los plumones que saca de su estuchera de *Pusheen*.

Pi se acerca a la mesa donde trabaja Ari.

—¿Qué haces? —Mira la hoja que Ari pasa y repasa con su plumón rojo.

—Estoy terminando mi tarea del semáforo con las partes públicas y privadas de mi cuerpo. Es como un semáforo de los que vemos en la calle —contesta Ari entusiasmada por lo bien coloreado que le quedó su dibujo.

—A ver, mmmmh ¡qué padre te está quedando Ari! Platícame, ¿eres tú? — pregunta Pi, más interesada en el tema de la tarea y en la forma en que Ari coloreó la figura de su cuerpo.

—Sí, esta soy yo. Mira: aquí pinté mi cabeeza, mi caaara, mis maaanos y mis pieeernas de color veeerde porque son las partes que las personas pueden ver cuando traigo mi ropa. Estas las pueden tocar algunas personas si yo se los permito —señala Ari retocando las partes coloreadas en tono verde bandera. —Y las que pinté de color rooojo brillante son mis seeenos y mi pubis, porque debo recordar que son mis partes privadas— Ari voltea a ver a Pi a los ojos para comprobar que le está poniendo atención y continúa. —Me dijeron Mami y la maestra que esas nadie las puede tocar a mi edad, solo que esté enferma y me revisen los doctores cuando esté presente Mami, Papi o alguien de confianza —señala Ari con seguridad levantando su dibujo para mostrárselo mejor a Pi.

—¡Mira qué interesante! —comenta Pi vigilante al trabajo de Ari. —Oye, ¿y qué pasaría si alguien te tocara tus partes privadas? —Insiste Pi en tono inquisitivo, característico de los psicólogos, para ver hasta dónde estaba informada su prima.

—Pues se lo debo decir a Mami, a Papi, a Abue, a Tía o a ti, ¡a cualquiera de mi *Manada*! —responde segura Ari.

—¡Muy bien, Ari! —Pi la abraza para despedirse, ya que escucha el timbre de la puerta donde la espera Novio, acicalándose el pelo, para acompañarla al concierto.

—¡Ah! y recuerda, Ari, que nunca debes permitir los abrazos o caricias que te hagan sentir incómoda, con miedo o duda, vengan de quien vengan, y si algo así sucede, debes decírselo inmediatamente sin temor a cualquiera de la *Manada* —le dice de manera firme Pi mientras se pone su suéter y le da un beso en la mejilla.

En los segundos que le toma a Pi llegar a la puerta pasan por su cabeza las imágenes de la marcha en la que participó ayer. Aparecen como *flashes* los mensajes de las mantas y las pintas: “Yo sí te creo”, “Las niñas no se tocan”, “Ni una más”, “Yo soy mía”, “Respeto mi existencia o espera resistencia”, “No más feminicidios”, “Yo cuido a mis amigas”... Y evoca en la marcha la presencia de su madre Grande, de sus tías Mediana y Pequeña, de amigas y compañeras de escuela, de trabajo, de lucha; de todas las edades, formaciones, complejiones, preferencias sexuales, colores de piel. Todas ellas gritando y exigiendo un alto, no a un **Algo** molesto e irreconocible, sino un alto a **la violencia, al acoso y al abuso sexual contra las mujeres y las niñas**. Y se enorgullece de sí misma al saberse participe de esa revolución de conciencias, trabajando día a día por una sociedad educada en la que las mujeres y las niñas se sientan libres, seguras, apreciadas, respetadas por todos, exigiendo instituciones que garanticen ambientes en los que no se repitan las historias **de acoso, de abuso, de violencia**. Y, en lo más íntimo, se siente feliz de contar con la sororidad de sus amigas, de su *Manada*, y con el amor, solidaridad y confianza de su familia y de su pequeña prima Ari.

—¡Nos vemos al rato, *Manada*! —grita Pi mientras cierra la puerta luego de saludar a Novio con un dulce beso y un gran abrazo.

Popasi, abril, 2023.